

ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA

Carta nº 154: ¿De “Educación” a “Sucesos”?

Estimados padres:

Tradicionalmente, las páginas dedicadas a lo que ocurre con la Enseñanza –incluidos los vaivenes legislativos que nos acaban trayendo a todos (familias y colegios) a mal traer- solían aparecer en la sección de “Educación” de los diarios. Lamentablemente, de un tiempo a esta parte, las noticias más relevantes y de mayor impacto social (por mediático) acaban ocupando un lugar principal en el de “Sucesos”.

Aquí y fuera de nuestras fronteras. Hace poco fue un profesor al que asesinan en Francia, ayer un tiroteo (otro más) por los Estados Unidos, y desde hace mucho, dramáticamente mucho tiempo, también agresiones, acosos y demás delincuencia infantojuvenil en nuestras latitudes más cercanas.

Se nos dirá y no pondremos pega, que la violencia en las aulas no es sino el reflejo de las tensiones y la violencia en la sociedad en general. Pero decir eso no es decir mucho. Dada la situación, lo decisivo es cómo se ha llegado a ello y cómo se puede revertir.

Se nos dirá también que siempre y en todas las clases había un “gordito”, un “gafotas” y una “repipi” que concentraban los denuestos del resto de los compañeros. Y tampoco replicaremos dicha afirmación. Pero no se nos negará que el nivel de intensidad con el que los que insultábamos (si era nuestro caso) y nos insultaban o nos agredían (si también lo era) en nada se puede comparar a lo que actualmente se da y se exhibe, sin pudor o con orgullo incluso, por las redes. Y no hay duda ninguna, a este respecto, que la gravedad de cualquier conducta (recibida o inflingida) se ha visto multiplicada por el hecho de que lo que antes se quedaba en un círculo reducido de conocedores del hecho ahora pasa a ser del dominio universal.

Si a las perturbaciones propias de la adolescencia (necesidad de sentirse acogido y respetado por el grupo, exploración y ensayo de conductas “límite” o claramente transgresoras, etc.) unimos la motivación extraordinaria que produce en cualquiera el hecho de tener presencia y voz ante algunos (¡o muchos!) se completa la destructiva ecuación que tanto hace sufrir y lamentar.

Llegados a ese extremo, todos tendremos que revisar hasta qué punto hemos sido -desde nuestras responsabilidades- tolerantes con un fenómeno que nos ha terminado por alarmar de manera desasosegante pues, de ser ciertas las estadísticas que las administraciones y organizaciones que se ocupan de ello muestran, cualquiera puede pensar que dejar cada mañana a sus hijos en un colegio se transforma en una actividad de riesgo.

En la bienvenida de Septiembre, se nos decía que *“el nuevo curso debe servirnos a todos también para **manejar** mejor las situaciones ordinarias y extraordinarias que lleguen a presentarse. Con los hijos, con los alumnos, entre los adultos que les criamos y atendemos...Todo ello, como bien pueden suponer, desde la cooperación y la preocupación por seguir haciendo del Colegio un espacio de convivencia y un ámbito de seguridad, donde las tareas de enseñar y aprender se desarrollen con el mayor acierto en lo técnico y la mayor calidez, cercanía y personalización en lo emocional”*.

Y en ello debemos seguir comprometidos, día a día, porque sin el debido orden, sin la constructiva y racional disciplina y sin un elemental respeto de todos hacia todos, puede ocurrir que lo que ahora es incidental y esporádico en determinados sitios se convierta en estructural y permanente, como tristemente sucede en esos centros que aparecen en las noticias.

No somos, seguramente, capaces de valorar en su auténtica dimensión el coste social, emocional y hasta económico que un funcionamiento desequilibrado e inadecuado de una comunidad educativa representa para todos los que de ella forman parte. Las tensiones, los incidentes (algunos de gravedad o sencillamente dramáticos) nos ponen a todos en la necesidad de cuestionarnos qué clase de sociedad queremos dejar a nuestros hijos y qué clase de vida podrán llegar a tener ellos si los fundamentos de su construcción como personas están enraizados en el egoísmo, la desconfianza, el recelo, la amenaza o la estricta violencia, verbal o física.

Nosotros y solamente nosotros –familias y maestros- desde el “pórtate bien” (que vale tanto para el benjamín de dos años como para el bachiller de diecisiete), el “respeta a todos y a todo, aunque no sea tu amigo, aunque no opines como ellos”, el “no hagas ni digas a otro lo que no te gustaría que hicieran o dijeran de ti”, el “acude a tus maestros, que están para ayudarte”, etc. se pueden conseguir muchas cosas en pro de la imprescindible convivencia y tranquilidad que necesita la actividad escolar.

Además, da la casualidad de que todo ello contribuye a que sea más fácil “pasarle bien” mientras se aprende; eso que todos los padres y profesores deseamos y que en absoluto es incompatible con atender, esforzarse, preguntar las dudas, comunicar las necesidades o situaciones que les afecten, etc. mientras descubro, comparto, rectifico, supero y, en definitiva, me formo y me informo para hacer más sencillo el imprescindible entender la vida e ir instalándome satisfactoriamente en ella a medida que voy creciendo.

Tal vez así, sea más difícil que las noticias sobre la Enseñanza y la vida escolar (en todas las etapas) pasen de “Educación” a “Sucesos”.